



# González Zenteno: Morir de Amistad

692936

por Luis Sánchez Latorre

Luis González Zenteno era vertiginoso. Era el vértigo de la amistad, de la literatura, del periodismo. Lo conocí hacia 1944 por mediación del gurú Homero Bascuñán. González Zenteno estaba empeñado en la aventura de *La Palabra*, una revista con la que pretendía reflejar periodísticamente el imperio del logos. Peregrino, osado, no temía a las contradicciones. El logos del socialista González Zenteno se fundaba en el valor de las contradicciones dialécticas. Había que oírlo disertar, con su ortopedia de mulcillas que no herían los tímpanos: "... Hombre, ah... Hombre, ah...", incansablemente. Intercalando sus instrumentos ortopédicos entre cada frase para evitar las junturas agresivas, suavizando el camino, haciendo más muelle la penetración de sus ideas.

Poseído por el vértigo de la escritura, era capaz de sentarse ante una máquina de escribir y llenar ochenta o cien carillas en una sola jornada. Así construyó sus novelas. Escribiendo sin parar, noches enteras, mañanas enteras. De modo que el que una semana era proyecto de novelista a la otra era autor consumado de dos o tres libros.

Acaso su debilidad (alguna vez lo conversamos con el gurú Homero Bascuñán) radicara en esta aptitud para la improvisación. "Donde me paro me pongo a cantar". Exhibía el repentismo de un Martín Fierro. En ello, típicamente latinoamericano. La destreza innata para decir a toda hora una canción.

Qué hombre. En días de apetito y jolgorio yo vi entrar y salir, entrar y salir una y otra vez, sin cesar, de lugares —el mayor número— en que era necesario degustar la propiedad de caldos valio-

sos. Lo hacía para ponerse a prueba. Y para probar a sus competidores. Al final, perfectamente sobrio —"hombre, ah..."—, se solazaba recordando las peripecias de los que habían ido quedando en el camino... Una noche, con Pablo de Rokha, después de magna pitanza en un local democrático, fuimos a casa del poeta ciclópeo en Bellavista. Allí, De Rokha, desafiante, avisó que su estribo no toleraba las reglas del vaso ni de la botija, sino los del recipiente mayor, esto es, el enfundado en chaleco de mimbre. Delicados, casi proustianos, varios habíamos entregado con precocidad las herramientas. El maestro retó: "¿Quién me acompaña?". Lucho González Zenteno, puntual y discreto, dio la respuesta de Prudencia Navarro: "Aquí estoy, para lo que guste mandar". Se encargó de velar el sueño de Pablo de Rokha cuando éste cayó vencido.

Pero González Zenteno era algo más que su propio vértigo. Era la condición humana hecha ternura, emoción, amistad. Para él no había más hermosa estatua que la libertad que la compañía de sus amigos y camaradas. Por ellos era capaz de entregar los últimos céntimos y hasta la camisa si la ocasión lo requería. De allí que nuestros trabajos literarios surgieron ante él como "obras geniales". La envidia, el resentimiento, la soberbia, no lo tocaron jamás. Fue grande y puro al tender su mano. El motivo de su muerte, no explicitado nunca para nosotros por la ciencia médica, fue uno solo, todos los sabíamos: Lucho González Zenteno murió de amistad. Según se sabe, es la muerte más bella. "... Hombre, ah...".

LUIS SANCHEZ LATORRE

**González Zenteno: morir de amistad [artículo] Luis Sánchez Latorre.**

## **AUTORÍA**

Filebo

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1972

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

González Zenteno: morir de amistad [artículo] Luis Sánchez Latorre.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile